

N.S. 9917843794404201

C.B. 1358855

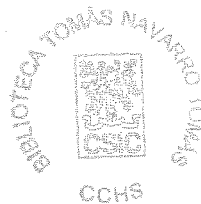
5/6 Darwin.0

darwinyc

DARWIN Y EL DARWINISMO

Desde el sur del sur

Gustavo Vallejo, Marisa Miranda, Rosaura Ruiz Gutiérrez y
Miguel Ángel Puig-Samper (eds.)



EDICIONES DOCE CALLES
CONICET / UNIVERSIDAD NACIONAL DE QUILMES
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

INTERCAMBIO CIENTÍFICO Y COLECCIONISMO. EL MUSEO DE LA PLATA Y EL MUSEO CANARIO¹

Carmen Ortiz García (Instituto de Historia-CSIC)

INTRODUCCIÓN. EL PARALELISMO ENTRE DOS MUSEOS

El objetivo de este texto es poner en el foco comparativo la historia de dos instituciones museísticas en principio muy diversas en cuanto a entidad y trascendencia: El Museo de La Plata y El Museo Canario. Situados en latitudes muy diferentes, con tamaños y entidades institucionales también muy distintas, ambos museos tienen a mi juicio una serie de rasgos que permiten examinarlos en paralelo. En primer lugar, las dos instituciones pertenecen a un momento concreto de la museografía antropológica y de las ciencias naturales, que hace que sus principios teóricos y prácticos de trabajo sean parecidos. Así, la extensión del paradigma evolucionista a partir de la aproximación darwinista a la historia del género humano, junto con la aplicación positivista de las técnicas craneométricas y antropométricas propugnadas por las escuelas francesa y norteamericana, conforman los principios directores en la configuración de colecciones de antropología física, que también se encuentran en la zoología, la paleontología y la geología, como materias científicas en las que los principios del evolucionismo biológico podían ser perfectamente mostrados en un discurso museístico.

¹ Este trabajo se ha llevado a cabo dentro del Proyecto de Investigación, «El coleccionismo científico y las representaciones museográficas de la naturaleza y de la humanidad» (HAR2016-75331-P) del Ministerio de Economía, Industria y Competitividad de España.

En segundo lugar, ambos museos centraron –al menos en sus etapas fundaciones y primeros desarrollos de que nos ocupamos aquí– sus esfuerzos en conformar colecciones de materiales, arqueológicos y antropológicos, pero también zoológicos y referidos a la naturaleza en general, y en particular a los habitantes primigenios de territorios concretos. En el caso del Museo de La Plata sus objetivos eran los territorios «salvajes» o alejados del control del Estado en un momento en que la configuración de la República Argentina está debatiéndose para encontrar una «identidad» nacional homologable y consensuada como industrial y moderna (Quijada, 2004). Esto suponía, por un lado, el control del territorio, que conllevó el exterminio sociocultural y directamente físico de buena parte de sus habitantes originarios, en la Patagonia y las otras áreas menos colonizadas de la geografía de la República. Por otro lado, estaba la necesidad de construir con esos «salvajes», muertos en la domesticación de la Patagonia, la base diferencial y primigenia de una identidad étnica y cultural propia para la República Argentina, en una época de fuertes flujos inmigratorios de distintos orígenes que amenazaban su originalidad específica. En el caso de El Museo Canario la situación es un poco distinta, pero igualmente los intelectuales liberales que lo sustentan tienen motivaciones nacionalistas, aunque a un nivel no estatal. La situación ultraperiférica de Canarias con respecto al Estado español, por un lado, y por otro, la conquista colonial europea, durante los siglos XIV al XVI, que supuso la práctica extinción de los pobladores antiguos de las islas, a los que se dio el nombre genérico de Guanches, llevaron en el último cuarto del siglo XIX a los intelectuales liberales canarios a una búsqueda de sus raíces ancestrales y a la configuración de una imagen idealizada de estas poblaciones indígenas, como base de su identidad diferencial, basada en su territorio y la situación del archipiélago como enclave y lugar de encuentro de distintas culturas e historias.

En tercer lugar, estos dos museos tuvieron una relación de hecho y una historia compartida durante un período corto al inicio de sus respectivas andaduras, sobre las bases teóricas que acabamos de enunciar, pero también provocada por circunstancias y acontecimientos más concretos. Así, las redes de la emigración canaria a América del Sur, y concretamente a Argentina, y el polo de atracción que para ellas suponía el desarrollo que se estaba potenciando en La Plata a partir de la conversión de Buenos Aires en la capital del Estado (Naranjo Santana, 2018: 1-5), hicieron que algunos actores implicados en la historia del Museo Canario y sus colecciones tuvieran un cierto papel, aunque fuera corto en el tiempo, en los inicios del Museo de La Plata².

El Museo de La Plata, creado por decreto del gobierno de la provincia de Buenos Aires el 19 de septiembre de 1884 (Farro, 2008: 2), aunque enmarcado en un proceso más amplio de fundación de asociaciones científicas, colecciones y museos en varios países de Sur América (Podgorny y Lopes, 2008; Achim y Podgorny, 2014), es una obra hasta cierto punto excepcional por la importancia y la entidad dada al edificio, construido expresamente para alojar un Museo en una ciudad recién diseñada (Vallejo, 2007), y porque se trata de una institución estrechamente ligada a una

² Otro emigrante español que tuvo un papel muy relevante en el Museo de La Plata fue el naturalista Ángel Cabrera, a quien dedica un trabajo Francisco Pelayo en este mismo libro.

persona, la figura de Francisco Josué Pascasio Moreno (1852-1919), y su colección particular de antropología y objetos de arqueología e historia natural procedentes de La Patagonia y otros territorios argentinos (Podgorny, 2007). La historia de este museo, sus distintas fases de desarrollo institucional, los investigadores asociados a su trayectoria, etc., son bien conocidos gracias a los trabajos de Irina Podgorny y de los investigadores de la línea que ella dirige y que cuenta con monografías originales, basadas en la documentación histórica del propio museo y de otras fuentes (Farro, 2008; Podgorny, 2009; Kelly y Podgorny, 2012).

Nos centraremos en la época fundacional del Museo, cuando se ubica definitivamente en La Plata (en 1884) y Moreno es su director. Al pasar a depender el Museo de la Universidad de la Plata en 1906, Moreno abandona el cargo, aunque ya desde antes, al ser nombrado Perito en la comisión de arbitrio internacional para el conflicto de límites nacionales al Sur de la cordillera andina entre Argentina y Chile, estos intereses y ocupaciones le alejarán, incluso físicamente, del Museo.

La entidad del Museo de la Plata, al menos en su concepción teórica, y la importancia internacional de su promotor –aun sin entrar en hasta qué punto la historia del museo haya podido estar determinada por las visiones hagiográficas de la figura de Moreno (Fasano, 2002)–, nada tienen que ver con el tamaño reducido de El Museo Canario, cuyo nacimiento ha sido calificado como una rareza: «algo tan insólito como ver nacer un drago en los hielos árticos» (Herrera Piqué, 1990: 2), y con la menor trascendencia de la figura y la obra de su principal impulsor, el médico grancañario Gregorio Chil y Naranjo. Sin embargo, un personaje que conoció a ambos y que trabajó en los dos museos, el Dr. Víctor Grau-Bassas establece entre Chil y Moreno un paralelismo muy significativo³. En una carta, fechada el 13 de junio de 1889, hace este retrato de ambos:

el Jefe es un Chil completo, de modo que otro más igual no pare madre: tamaño, figura, calvo como él, etc., etc.; carácter, igual; conocimientos, id.; no tiene más diferencia sino que tiene más voluntad propia y parece más serio (Alzola, 1980: 77).

La Sociedad El Museo Canario nace en Las Palmas de Gran Canaria el 2 de septiembre de 1879, como iniciativa de un grupo de intelectuales entre los que destacan varios médicos formados en Francia e influidos por las teorías evolucionistas. El objetivo de la sociedad era formar una Biblioteca y un Museo:

Un centro verdaderamente instructivo, donde pueda irse reuniendo para su estudio, no solo todos aquellos objetos antiguos que pertenecieron a los indígenas de nuestro país [...] sino también los productos naturales, propios y extraños a nuestro suelo [...] procurando asimismo la formación de una modesta biblioteca en la cual ocupen un puesto principal los trabajos literarios de sus más esclarecidos hijos (Herrera Piqué, 1990: 1).

³ Sin embargo, muy pronto cambiaría de opinión respecto al director del Museo de La Plata, al que acababa de incorporarse.

Estas líneas traslucen una retórica nacionalista, que, como motivación para la creación de instituciones de ciencia y educación, no solamente esgrime la formación de los ciudadanos, sino también la necesidad de salvaguardar un patrimonio; unos materiales, tanto de cultura como de naturaleza, pertenecientes a la nación y que proporcionan la materia prima con la que construir una identidad nacional y la legitimidad para la configuración del Estado (Naranjo Santana, 2016). Se ha explicado esta necesidad de acopiar y exhibir objetos y elementos naturales de los territorios marginales de la nación como una forma de apropiación y colonización del interior que reproduce en nuestros países la acción que los museos ejercían sobre las colonias de las potencias metropolitanas (Andermann y Fernández Bravo, 2003: 28; Quijada, 2012; Vallejo, 2012: 146-150). Por otro lado, a través de su puesta en valor y su estudio, la nación y el Estado podrían pasar a incluirse entre los países cultos o más desarrollados que dedican a la ciencia y a la educación de sus ciudadanos recursos, instituciones y programas de investigación, y que se interesan por el conocimiento de su historia y su territorio, y por las utilidades que este conocimiento puede reportar al desarrollo de la nación. En palabras de Francisco Moreno:

Uno de los fines que persigue este Museo, es llegar a ser un centro de investigaciones que sirva al país y a la ciencia, y que algún día sea núcleo de Instituciones que convertirán esta ciudad muerta en un Cambridge o un Oxford Sudamericano (Moreno, 1896: 5).

CIRCULACIÓN DE SABERES, OBJETOS Y PERSONAS

Tal justificación aparece documentada en las múltiples instancias que Moreno, y otros directivos de los museos de ciencias en Argentina como Hermann Burmeister, ponen en juego para conseguir el apoyo de los organismos oficiales para sus proyectos institucionales y sus viajes de exploración sobre el terreno. Pero estos argumentos tienen que ver también con otro vector, como es el ámbito de circulación internacional de conocimientos y objetos de las ciencias humanas y naturales en ese momento del último cuarto del siglo XIX. En el caso de Argentina y España esta relación se puede atestiguar en muchas ocasiones. Por ejemplo, ya en 1863 el grupo de naturalistas españoles de la llamada Expedición del Pacífico recibió una muy buena acogida por parte de Burmeister y también del general Mitre en su recalada en Buenos Aires (Puig-Samper, 1988: 167-175).

En este sentido, las dos instituciones que nos ocupan se encuentran inmersas en una red internacional de contactos que no solo afectan a la difusión de los conocimientos sobre las ciencias naturales y humanas, sino que de forma más precisa determinan la constitución de los propios elementos de prueba empírica que se buscan para apoyar las principales controversias y teorías sobre los orígenes de las especies animales y las poblaciones humanas fósiles y prehistóricas, y su distribución por todo el mundo. Es la conocida separación de funciones que las ciencias de la naturaleza establecen. Por un lado estarían los agentes y naturalistas de campo (viajeros, explo-

radores, colaboradores habitantes del terreno, etc.), sobre los que normalmente no se tienen en cuenta sus requisitos de formación académica y que la mayor parte de las veces ni siquiera son considerados propiamente como científicos. Por otro lado están los sabios académicos, instalados en las élites universitarias y de las sociedades científicas europeo-americanas, que controlan no solo los medios de difusión de la ciencia (es decir, lo que serían los resultados: la parte final del proceso), sino que también orientan las cuestiones teóricas y metodológicas, y manejan la afluencia de los datos para estas cuestiones centrales o vitales para sus ciencias (es decir, el principio del proceso: la materia prima de la investigación).

En el Museo de la Plata y el Museo Canario vemos actuar a una serie de actores centrales, promotores de instituciones dedicadas a la obtención, conservación, clasificación y difusión de colecciones de animales, y sobre todo de restos humanos y cultura material de sociedades distintas a la moderna occidental, que ponen en esta labor todo su capital económico y simbólico en un mercado global. Este «mercado» está controlado en el caso que estudiamos muy directamente por la escuela francesa de antropología –y también alemana en el caso de Ten Kate y Lehmann-Nitsche–; por sus líderes, Broca, Quatrefages, Martin, Virchow, etc.; por sus instituciones museísticas y, sobre todo, por sus programas de investigación: a saber, la búsqueda de la historia de la difusión humana prehistórica y la configuración geográfica de las diferencias raciales, en base a las morfologías craneanas y osteológicas diferenciales de los troncos raciales y las distintas «cránias» continentales y nacionales establecidas. En este gran mercado del prestigio, los ancestros y la ciencia, los antropólogos que están más cerca de los restos materiales que interesan a los grandes centros mundiales compiten entre sí proporcionando a los académicos consagrados los restos materiales de las distintas zonas del mundo a cambio de reconocimiento y fama. A su vez, intentan emular a esas grandes figuras y centros de poder científico, erigiéndose en detentadores del patrimonio y la honra nacionales, conservando para sus propios países las colecciones y los restos de pasado ambicionados por los grandes museos y centros académicos extranjeros.

La importancia de las distintas poblaciones originarias para los esquemas etnográficos que dominan la antropología europea y norteamericana de finales del siglo XIX es el punto central. En nuestro caso son los llamados guanches en Canarias y las poblaciones aborígenes de la Patagonia y las otras áreas que el Estado argentino se propuso «domesticar» en las décadas finales del siglo XIX, utilizando para ello una guerra de extinción. Así pues, Gregorio Chil y Naranjo y Francisco P. Moreno sirvieron como los guardianes y los controladores de lo que los historiadores canarios han llamado la «necrópolis atávica» de los guanches –una población extinguida rápidamente tras la conquista castellana de 1492 (Estévez, 1987: 123)–, y lo que en Argentina fue denominado por el propio Moreno como «una vasta necrópolis de razas perdidas» (Moreno, 1888: 32)⁴, comenzada a partir del «descubrimiento» de Moreno del ancestro nacional argentino, el «patagón antiguo» en 1874 (Vallejo, 2012: 151). La gran diferencia radica en que, mientras en Canarias estamos hablando de un

⁴ El Museo también fue calificado por sus coetáneos como «magnífica huesa» (Farro, 2008: 175).

ancestro idealizado y en buena parte inventado para los fines políticos y de desarrollo de los intelectuales canarios, pero ya inexistente, en el caso de El Museo de La Plata (como ocurrió en otros museos y exhibiciones temporales coetáneas), era el indio vivo al que se combatía y sobre el que se planteó una auténtica política de extinción, en la llamada «conquista del desierto», como un salvaje que no podía formar parte de una República desarrollada y moderna, el que era utilizado teóricamente como ancestro y detentador de la identidad propia de la nación, mientras que en la práctica era apresado violentamente y exhibido en vivo en el Museo que a su vez atesoraba los huesos y los restos producto del expolio de sus propias tumbas y poblaciones.

La diferencia del Nuevo Mundo radicaba en una cuestión no solo de cantidad: lo que en Europa costaba esfuerzo encontrar enterrado bajo mucho espesor de estratos geológicos, en América aparecía en gran cantidad y además a flor de tierra, lo que proporcionaba una preeminencia a ese territorio en la carrera por el conocimiento de la humanidad prehistórica. Pero, más importante aún que esta abundancia, era que en América aparecían lo que ya Darwin, en su reconocimiento de la Tierra de Fuego, había calificado como «fósiles vivos»; es decir, la representación real y viva aún de las razas y los estadios evolutivos inferiores del desarrollo y la civilización humana (Vallejo, 2012: 150-151).

Tanto Chil como Moreno, y tanto el Museo Canario como el Museo de La Plata, en estos años del último cuarto del siglo XIX, aparecen como nodos en una red que irradia desde París, su *Museum d'Histoire Naturelle* y su *École d'Anthropologie*, dirigidos por Paul Broca y Armand de Quatrefages. Las relaciones de Chil y Naranjo con la escuela de antropología francesa se remontan a los años en que estudia medicina en la Universidad de París entre 1848 y 1857, tras los que vuelve a Canarias con su título de doctor. Pero será a partir de 1874, en que presenta en el Congreso de la Asociación Francesa para el Progreso de las Ciencias celebrado en Lille su primera comunicación «Orígenes des premiers canariens», cuando entrará en relación con Broca y sobre todo con Quatrefages y Hamy que estaban inmersos en el problema de la difusión de los antiguos europeos desde el Cuaternario, a partir del descubrimiento reciente del llamado Hombre de Cromagnon en yacimientos del Perigord francés (Estévez, 2001; Ortiz, 2014: 164). La idea de los antropólogos franceses era que había similitudes considerables entre los cráneos cromañones y los de los antiguos guanches, que explicarían una antigua migración desde Francia hasta llegar a las poblaciones del Norte de África. Para aumentar las evidencias empíricas que avalaran sus teorías, Broca contaba con una cierta red de investigadores en Canarias, pero la activación de los intelectuales liberales isleños, y entre ellos sobre todo Chil, que velaban porque acabara el expolio de sus yacimientos arqueológicos y la exportación al extranjero de sus restos biológicos, provocó que Broca se viera forzado a establecer una colaboración con ellos. René Verneau (1852-1938), alumno directo de Paul Broca, será el encargado de acopiar, clasificar y en parte exportar al *Museum d'Histoire Naturelle* de París las colecciones de cráneos guanches a partir de una primera estancia de investigación en las islas en 1876, a la que seguirán otras más largas; una entre 1884 y 1887 para clasificar las colecciones del recién creado Museo Canario y otra ya al final de su vida,

siendo director del Museo de Etnografía del Trocadero, para organizar la colección de antropología física en la sede definitiva del Museo Canario en 1935.

El interés de los antropólogos de París por hacerse con cráneos y colecciones óseas del Sur del Continente Americano y la relación con el coleccionista Francisco P. Moreno y su Museo particular coinciden cronológicamente con el establecimiento de la «red canaria» (Podgorny, 2009: 151-172). Edouard van Beneden, un naturalista belga de paso por Argentina, tras conocer la colección de cráneos procedentes de Carmen de Patagones que el joven Moreno exponía en su quinta familiar, le sugirió que enviara alguno a Broca. A pesar de su juventud y la falta de estudios reglados y prestigio académico, el potencial de Moreno como explorador y como suministrador de datos y materiales fue reconocido por el francés al nombrarle miembro correspondiente de la *Société d'Anthropologie* que presidía en París y facilitarle la publicación del estudio de sus cráneos de los yacimientos de Río Negro, «Description des cimetières et paraderos préhistoriques de Patagonie» en la muy prestigiosa *Revue d'Anthropologie* que el mismo Broca dirigía (Farro, 2008: 62-64). El viaje que Moreno emprenderá en 1880 por Europa, visitando museos y sociedades científicas, en realidad estaba motivado por los problemas habidos durante la expedición en 1879 de la «Comisión Exploradora a los Territorios del Sur» que él comandaba por encargo del gobierno. Moreno cambió el itinerario ordenado, en un momento de extrema tensión entre los distintos caciques indígenas y el gobierno de la República, a resultas de lo cual fue hecho prisionero por orden del jefe Shayhueque, aunque logró escapar (Farro, 2008: 92-94). Durante su periplo europeo, Moreno actuó como proveedor de algunos importantes antropólogos como Rudolf Carl Virchow, quien mantenía la existencia de dos tipos raciales en América, frente a la idea de un tipo americano único propugnada por el norteamericano Samuel Norton en su *Crania Americana* de 1839. También Armand de Quatrefages recibió de Moreno cráneos de la región del Azul (provincia de Buenos Aires), igual que Broca y Topinard los recibieron procedentes de Río Negro.

No obstante, a partir de la participación de Argentina en la Exposición de París de 1878, en la red de corresponsales de los antropólogos franceses tenía preeminencia otro naturalista argentino con una colección de antropología, arqueología e historia natural así mismo considerable, Florentino Ameghino (Podgorny, 1997), que residió en Francia entre 1878 y 1881, con quien Moreno coincidió en París y con quien planteó en ese momento la creación de un museo nacional en Buenos Aires (Podgorny, 2009: 172). Como es sabido, esta amistad de Moreno y Ameghino conllevó el ingreso de las colecciones del segundo en el Museo de la Plata, donde en 1886 fue nombrado subdirector, puesto del que fue separado en 1888, tras la acusación de apropiación indebida por parte del director. Ameghino exhibió una colección de cráneos en la Exposición Universal de París de 1878 y Quatrefages encargó a su ayudante en ese momento, Verneau, la medición de estos cráneos en su laboratorio (Podgorny, 2009: 154). A su vuelta a Argentina, Moreno manejó estos contactos como un éxito personal y un espaldarazo a sus ideas, que por otro lado había expuesto de manera muy elemental y sin estar precisamente contrastadas.

EL MUSEO DE LA PLATA Y EL MUSEO CANARIO

Moreno volvió de su viaje europeo consagrado como un gran hombre de ciencia y dispuesto a dedicar todo su capital y esfuerzo a la creación de una gran obra. El Museo de La Plata, con el nombre inicial de Museo General «La Plata», se creará por decreto de 17 de septiembre de 1884, aunque no fue inaugurado hasta 1887 y las obras del inmenso edificio, primero creado en Suramérica para albergar un museo (Podgorny, 2009: 191-194), se prolongaron hasta 1889. Toda la primera etapa de esta institución, que Moreno dirigió de un modo férreo y en exceso personalista, y sobre todo los primeros años que van desde la fundación hasta la apertura al público, están enfocados a la consecución de materiales y colecciones para ir llenando un edificio grandioso, desatando en Moreno y sus colaboradores una auténtica fiebre por adquirir objetos –e incluso a personas– con que poblar sus enormes salas.

La primera idea expositiva estaba inspirada en los modelos clásicos de Londres y Washington, pero también en el Jardín de Plantas de París (Moreno, 1890a: 14). Como ha señalado Podgorny, la idea de una exhibición no lineal, sino circular la tomaba Moreno de Albert Gaudry, que había configurado una arquitectura para los museos paleontológicos basada en el camino de la evolución. La exposición circular producía la idea de una evolución con una dirección única y determinada de progreso y Moreno se congratulaba de «haber realizado el sueño de un museo evolucionista en la nueva capital de la provincia de Buenos Aires» (Podgorny, 2009: 193). La idea unilineal del progreso evolutivo desembocaba en la perfección de la especie humana y así, la sala de antropología parecía cerrar el camino de la gira evolutiva (Andermann y Fernández Bravo, 2003: 3). Pero además aquí el Museo proporcionaba un enraizamiento del devenir evolutivo de la humanidad con la historia concreta de la nación argentina; puesto que en esa sala estaban los restos de las razas antiguas pobladoras del sur del continente e incluso en 1886 se instaló en el edificio a algunos representantes vivos de ellas para mostrar su grado de cultura, y la posibilidad de pervivencia de etapas antiguas de la evolución humana (Colectivo Guías, 2010). De esta forma, la enorme diacronía y el espectáculo de la evolución natural enmascaraba realmente y suplantaba el relato de una historia reciente de la nación argentina menos gloriosa, que se había levantado sobre la destrucción física y cultural de ese «hombre americano» que contradictoriamente el Museo mitificaba (Andermann y Fernández Bravo, 2003: 2; Vallejo, 2012: 150-153). En ese teatro evolucionista coincidían los indígenas patagones, «salvados» de la deportación por Moreno, cumpliendo labores subalternas varias en el Museo, como la presentación «viva» de las tejedoras, que eran las mujeres de los caciques deportados, Margarita Foyel y Eullytalma (Vallejo, 2012: 155), y vigilando y velando los cadáveres expoliados de sus antepasados durante un tiempo corto, tras el cual ellos mismos pasaban a ser especímenes del museo. Vivos servían para representar los pasos anteriores dados por la humanidad y sus formas de lucha por la existencia, pero su único destino era la muerte, perder la lucha y ser sometidos por los más aptos, por la civilización, por el Estado para convertirse en especímenes

de museo y servir así a la nación y al desarrollo general de la humanidad (Andermann y Fernández Bravo, 2003: 6-9)⁵.

A pesar de toda esta retórica y las teorías que sustentaban la forma del Museo y teniendo en cuenta además que varias de sus colecciones paleontológicas y antropológicas fueron la base para el desarrollo de algunas teorías evolutivas acerca del origen americano de humanos y animales, podría decirse que el continente fue más determinante que el contenido y que lo que dirigió la vida del Museo y de su director en estas primeras etapas de La Plata fue llenar las salas con series enormes de cráneos, osamentas humanas, reconstrucciones de grandes animales extintos, fotografías, moldes y toda clase de colecciones que con su abundancia hicieran justicia a un edificio representado por su grandiosa fachada neoclásica pero que tampoco se acababa de terminar (Farro, 2008: 149-158). De hecho, Moreno veía la cierta ventaja que esta simultaneidad tenía para el trabajo, ya que a medida que se iban terminando las salas se iban estableciendo debajo los distintos talleres, gracias a los cuales se pudieron montar directamente las enormes osamentas de los animales extintos que eran las joyas expositivas del Museo (Moreno, 1890a: 29-30). Todo el sistema de naturalistas viajeros y corresponsales que Francisco P. Moreno organizó, así como el férreo control que estableció sobre las actividades del personal técnico del museo respecto a los fondos, la biblioteca y el posible tráfico de colecciones, que le valió constantes problemas y deserciones del personal de plantilla, han sido calificadas por Irina Podgorny como comparables a las cautelas que sigue todo empresario y comerciante con un negocio de cierta entidad (2009: 201).

Si Moreno más que un auténtico científico fue un explorador y coleccionista de consideración, Gregorio Chil y Naranjo (1834-1901) presenta un perfil inverso. Se trata de una figura mucho más modesta como explorador de los antiguos yacimientos canarios y de menor alcance en su labor museológica, a pesar de que todo su capital y su patrimonio fue invertido en la creación de El Museo Canario que, tras su muerte sería alojado en su propia casa. El objetivo del Museo era ilustrar sobre la naturaleza, el origen y la filiación antropológica de los antiguos pobladores de Canarias. Para ello contaba con fondos, aunque desiguales, de mineralogía, zoología y paleontología, antropología y prehistoria, anatomía patológica, etc. y la disposición de sus salones estaba guiada por una idea evolutiva, que comenzaba mostrando las características de la naturaleza y terminaba con las colecciones de antropología física y arqueológicas (Naranjo Santana, 2018: 17-19). Pero, a la vez, Chil fue capaz de elaborar una obra científica de entidad. Sus *Estudios Históricos, climatológicos y patológicos de las islas Canarias*, tres volúmenes publicados entre 1876 y 1891 (Chil y Naranjo, 2006), pretendían ser un compendio de historia de los antiguos canarios desde un punto de vista

⁵ Dar a conocer esta tremenda historia del Museo de La Plata y el tratamiento dado a los pobladores originarios en él es el objetivo del llamado Colectivo GUIAS que, además del libro citado arriba, ha llevado a cabo una exposición fotográfica itinerante, *Prisioneros de la ciencia* y otras múltiples actividades. Ver <http://colectivoguias.blogspot.com>. Ver Pepe, Añón y Harrison (2008). Otra figura cuya iniciativa tuvo una gran importancia en el conocimiento de este asunto es la del fotógrafo Xavier Kriscautzky y su libro con fotografías de los indígenas del museo y sus descendientes actuales (Kriscautzky, 2007). Agradezco a Gustavo Vallejo el conocimiento de este libro.

evolucionista y precisamente este carácter manifiestamente darwinista le valió incluso la censura eclesiástica y múltiples problemas con la conservadora burguesía isleña de su pequeña ciudad (Hernández González, 2006).

La conexión con El Museo Canario de Las Palmas aparece en el momento fundacional del Museo de La Plata, ya que según expone Farro en su documentada tesis sobre las colecciones de este (2008: 155-156), en 1887 el empleado del Museo Gabriel Garachico ya vendió una serie de materiales de las islas Canarias, de donde era oriundo, compuestos por 25 «cráneos humanos, moldes de antigüedades, pieles de aves, y moluscos por la cantidad de cien pesos». Los cráneos procedían de las excavaciones llevadas a cabo en las cuevas sepulcrales del barranco de Guayadeque (Gran Canaria), un yacimiento arqueológico que había comenzado a ser explorado por Chil y Naranjo en 1863 y de nuevo visitado en 1880 por una comisión del Museo Canario en la que también participó el que entonces era su Conservador, el médico Víctor Grau-Bassas (Ortiz, 2016: 11-12).

Esta primera entrada documentada de material de las Canarias en el Museo de La Plata formaba parte de un plan de intercambio entre ambas instituciones, como queda atestiguado por una carta de Francisco Moreno a Gregorio Chil, de 15 de octubre de 1887:

Perdonará usted mi gran demora en escribirle sobre el envío que por intermedio del Sr. Garachico hice a Ud meses pasados. Me servirá de disculpa el enorme trabajo que pesa sobre mí ahora debiendo no solo llevar a buen fin la completa terminación de este edificio que toca ya a ella después de tres años de continuo trabajo, sino también la labor ímproba de formar colecciones que llenen sus grandes salones.

Fundado este Museo el 14 de octubre de 1884 con la base de mis colecciones formadas en Patagonia e interior de esta república y que he donado a mi provincia, en este corto término ha podido llegar a ocupar el 1er puesto entre los Museos Sud-americanos en lo que se refiere a Paleontología y Antropología.

Envíe a usted esos objetos casi todos insignificantes para que me sirvieran de pretexto para entrar en relaciones con usted y el Museo que tanto debe a usted. En el momento en que partió dicho envío no teníamos organizados nuestros materiales de cambio (y aún no lo están todavía) y eso disculpará la mala elección de los que fueron.

Tengo vivo interés en mantener cambios con Ud en todo lo que se refiera a esta parte de América y se conserve en este Museo. No ignora usted que para que los estudios antropológicos y arqueológicos den lo que se espera en Sud-América, es indispensable conocer lo que han dejado como vestigios los Guanches [¿?] en las Canarias. Soy de los que piensan que no es imposible el que haya habido contacto de esas poblaciones con nuestros territorios.

He de enviar a Ud pronto copias de inscripciones que se encuentran en esta república y las comparará usted con las que se conocen por allá. A juzgar por las láminas de Berthelot y Verneau hay una similitud tan grande entre ellas en algunas que no es posible creerlas [¿?] tan aisladas unas de otras.

Al mismo tiempo debo decirle, que entre los tipos craneanos pre-históricos que posee este Museo, en corto número, es cierto, hay alguno que tiene semejanzas notables con los traídos por el Sr. Garachico. ¿Qué objetos podría enviarnos

en canje el Museo Canario (principalmente aquellos que se relacionan con el hombre) y cuáles quisiera de estos países?

Se por el Sr. Garachico que los fondos de que dispone ese Museo son muy limitados y si Ud no tiene inconveniente este Museo pagaría todos los gastos de flete desde Canarias y los de los objetos que enviáramos en retorno.

Este Museo necesita toda clase de materiales, pero confieso a Ud que para mis investigaciones me serán preciosas piezas antropológicas. Cráneos, huesos largos, sobre todo tibias y moldes de antigüedades si no es posible obtener originales.

El Señor Garachico acondicionaría aquí de la manera que usted indicara los objetos que pidiera y me [¿?] será muy agradable poder remitirle con frecuencia. La proximidad de África ha de permitir que en Las Palmas se presenten a venta cráneos de antropoides. Si esto sucede quisiera tener usted la bondad de indicarme el precio para enviarle fondos en caso que usted se tomara la molestia de conservarlos hasta mi contestación?

Deseando que Ud quiera aceptar mis proposiciones y rogándole quiera contarme entre sus más respetuosos servidores, tengo el gusto de saludarlo con mi mayor consideración (Carta de Moreno a Chil y Naranjo, 1887).

En el Museo Canario hay otra carta de Moreno a Chil de 23 de junio de 1888 en que le comunica que su suegro R. Varela hará escala en Las Palmas en su viaje hacia Europa y, «Como obsequio de este establecimiento al que tan sabiamente dirige Ud le entregarán un cráneo de indio araucano, bien distinto del de los antiguos guanches» (Carta de Moreno a Chil y Naranjo, 1888).

A cambio del envío de objetos y restos guanches, Moreno donó al Museo Canario en 1887 cuarenta pieles de aves, dos de ellas de avestruz, diez restos fósiles y una tibia de Lestodon, un esqueleto de nutria, una piel y un cráneo de guanaco, y un cráneo de «araucano moderno» (Naranjo Santana, 2018: 13-14). Pero Moreno perseguía sobre todo restos antropológicos canarios. En las visitas a los museos de antropología que había hecho en su periplo europeo había apreciado cómo uno de los aspectos más destacables eran las series de comparación morfológica, compuestas por cráneos, moldes y modelos de escayola de los distintos grupos raciales. Moreno obtuvo materiales de este tipo en sus intercambios con los antropólogos y museos franceses y la motivación para mantener un canje con el Dr. Chil y el Museo Canario ha quedado explícitamente expresada en la carta que hemos transcrito y concretada en la compra de los cráneos de Guayadeque a Garachico en 1887 y otra posterior a Grau-Bassas en 1889. En la memoria del museo correspondiente a 1889, Moreno destaca entre las adquisiciones,

50 cráneos casi todos ellos en perfecto estado de conservación, de los antiguos indígenas de las islas Canarias [...] La autenticidad de cada una de esas piezas está asegurada, siendo ellas resultado de las investigaciones del Dr. Víctor Grau Bassas, cuyos estudios antropológicos sobre estos hombres son conocidos de los que se ocupan de estas materias [...] Espero que pronto recibiremos otra de igual importancia, lo que reunida a ésta y a los 25 cráneos que antes poseíamos, formarán una colección que nos dará el tipo medio de esos hombres, sin temor a equivocarnos (Moreno, 1890b: 67).

Estos cráneos de las islas Canarias se colocaron en las vitrinas que guarecían las esquinas de la abarrotada sala de antropología en cuyo centro se instalaron 113 esqueletos completos de indígenas de la Patagonía, el Chaco, los Andes calchaquíes, provincia de Buenos Aires, etc. En esas esquinas se situaron las series comparativas con los cráneos de Bolivia y Perú, de los guanches, y de los europeos neolíticos, del siglo XVIII y modernos (Moreno, 1890a: 23). Esta sala de antropología se mantuvo en su diseño hasta fines de la década de 1930.

El interés de Moreno por los antiguos canarios provenía, como había ocurrido con el manifestado por Broca y Quatrefages que pensaban en ellos como unos grupos supervivientes de las migraciones cuaternarias europeas, de las teorías sobre la etnogénesis de las poblaciones suramericanas y sus posibles orígenes en el Viejo Continente (o al revés). Moreno defendía la idea de que los guanches podían representar un eslabón entre las poblaciones antiguas del Mediterráneo y el Norte de África, y el continente americano y que incluso los canarios antiguos habían visitado América (Moreno, 1888: 32-33; 1890a: 27). Los cráneos de Garachico y Grau-Bassas también sirvieron en las investigaciones de otra línea que se desarrollará en el Museo de La Plata en torno a las deformaciones y mutilaciones craneales; un tema de debate en que participó, utilizando las colecciones del Museo, Lehmann-Nitsche, que había dedicado su tesis doctoral al asunto de las trepanaciones craneales prehistóricas. Aparte de los estudios con cráneos bolivianos y peruanos, Lehmann-Nitsche se interesó por los cráneos canarios porque entre los guanches había existido la momificación como ritual funerario y sus momias eran conocidas en todo el mundo desde el siglo XVIII. Aunque afirmaba que los «cuarenta y dos cráneos de antiguos guanches, conservados en el Museo de La Plata, no presentan ninguna traza de la trepanación» (Lehmann-Nitsche, 1899: 15), utilizó estos ejemplares como serie de comparación en varios artículos⁶.

CANARIOS EN EL MUSEO DE LA PLATA

Volviendo de los canarios muertos a los vivos, encontramos a varios emigrados isleños trabajando en el Museo de La Plata en estos momentos. Uno de ellos era Gabriel Garachico, un platero que había sido introducido en el arte de la naturalización de animales por su compañero en el Museo Canario, Víctor Grau-Bassas, que tenía antecedentes familiares en este campo, ya que su tío Joan Grau-Bassas Torà fue autor de un conocidísimo manual de taxidermia publicado por primera vez en 1849 (Alzola, 1980: 29). Garachico había preparado colecciones zoológicas y antropológicas en El Museo Canario, y se incorporó al Museo de La Plata en 1888, donde fue segundo preparador a las órdenes de Santiago Pozzi hasta 1904 en que ascendió a primer preparador, e introdujo en el taller también a su hijo Juan como ayudante.

⁶ «Notes sur les lésions de crânes analogues a celles du crâne de Menouville et leur interpretation probable» y «Les lésions bregmatiques des crânes des îles Canaries et les mutilations analogues des crânes néolithiques françaises», en *Bulletins et Mémoires de la Société d'Anthropologie de Paris* y «Nactrag zur Erklärung der Bregmanarben an alten Schädeln von Teneriffe», en *Zeitschrift für Ethnologie* (Farro, 2008: 300-301).

Además de encargarse del montaje de peces (su esqueleto de dorado se exhibe actualmente en la sala histórica del Museo) y naturalizar pequeños animales, ideó también múltiples soportes y estructuras de bronce para sostener los ejemplares, incluyendo los esqueletos humanos de la Sala de Antropología. En 1906, al incorporarse el Museo a la Universidad de La Plata, Gabriel Garachico fue ascendido a jefe de preparadores, cargo que ocuparía hasta su jubilación en 1909 (García y otros, 2015: 36-37). Pero no solamente actuó como experto preparador, sino también como colector de campo, como también había hecho antes en Canarias. Por ejemplo, en 1885 cuando, en compañía de otros preparadores y naturalistas viajeros del Museo, recolectaron cráneos y otros huesos humanos en el territorio interior y el área costera de la provincia de Buenos Aires (Farro, 2008: 263). Esta participación se refleja también en la memoria de actividades del Museo correspondiente a 1888, cuando el director le dedica incluso una especie:

Lestodon Garrachicü. n. sp.-Especie que dedico al Sr. D. Gabriel Garrachico, empleado extraordinario de este establecimiento y a quien se deben también interesantes huesos de Monte Hermoso (Moreno, 1888: 11)⁷.

Por otro lado, Garachico, siendo un trabajador del Museo de La Plata, y contraviniendo las estrictas normas acerca del tráfico y la circulación de objetos arqueológicos y antropológicos del Museo y de las expediciones patrocinadas por él dictadas Moreno, siguió actuando como corresponsal del Museo Canario y proveedor de materiales para sus fondos en varias ocasiones. Por ejemplo, en marzo de 1899 le anuncia a Chil la llegada de una colección de arqueología patagónica recogida por él para el Museo Canario:

Estimado Dr. Después de un silencio tan prolongado tomo la pluma para rogar me perdone tanto olvido que si bien fue de hecho no fue de corazón pues siempre le he vivido reconocido y lo recuerdo con grata satisfacción. Hoy se me presenta la ocasión. El portador de esta Dn Domingo Apolinario amigo y paisano se ha ofrecido gustoso para llevar la colección de flechas, cuchillos, puntas de lanzas y raspadores recogidos en mi viaje al sud de la Patagonia y que he coleccionado con la intención de hacerle ese pequeño obsequio creyendo que serían de algún valor para Ud. Acéptelo pues y ordene en lo que guste a S.S.

Q.S.M.B.
Gabriel Garachico
Flechas completas38
<incompletas16 [emborronado]
Puntas de lanza9
Cuchillos24
Raspadores38

⁷ Nótese, no obstante, el error en el nombre.

Observaciones: Con la hija de Antonio Batista que va en el mismo vapor va un resto de raspadores (Carta de Garachico a Chil y Naranjo, 1899).

Junto con los Garachico, padre e hijo, otro canario que tuvo un puesto y cierta relevancia en relación con algunas colecciones de El Museo de La Plata, fue el doctor Víctor Grau-Bassas⁸. También León Mateos Amador aparece como corresponsal del Museo Canario siendo personal del Museo de La Plata y posteriormente de la Biblioteca Pública de la ciudad. Como tal envió al Museo de Las Palmas en 1885 una colección de dieciséis aves y un nido de barro (Naranjo Santana, 2018: 13)

Garachico y Grau-Bassas, además de tener en común su trabajo previo en El Museo Canario, estaban unidos por formar parte de las redes de inmigración canaria en La Plata donde resaltaba Fernando Cerdeña, un empresario y banquero, directivo de la Asociación Canaria, que actuó como maestro mayor de obras en la construcción de la nueva capital provincial a partir de la protección que le brindó el gobernador Dardo Rocha (Farro, 2008: 156). A su vez, este personaje aparece involucrado en la venta un tanto azarosa de la antigua colección particular de un hacendado de la isla de Tenerife, la llamada colección «Casilda» (por el sobrenombre de su propietario), que fue ambicionada tanto por Chil como por Moreno y que sin embargo no ingresó completa en ninguno de sus dos museos (Fariña y Tejera, 1998). Aunque la antigua colección Casilda, compuesta por antigüedades de los guanches incluyendo cinco momias, fue dispersada tras su llegada a Argentina en 1889, hay constancia documental de que Cerdeña vendió al Museo de La Plata una «colección de antigüedades guanches» por un coste de 50 pesos el 9 de junio de 1897 (Farro, 2008. Apéndice III-VII, n° 17) que tal vez formara parte de la primitiva. Y de hecho algunas de sus piezas, como unas pintaderas de Gran Canaria, fueron «recuperadas» para El Museo Canario por Garachico y Grau-Bassas de un modo no muy claro, según se desprende de la correspondencia al respecto que mantuvo Grau-Bassas con el doctor Juan Padilla, antiguo amigo y compañero de El Museo Canario (Alzola, 1990).

Para terminar, volvamos a los canarios muertos. Todavía hoy sigue siendo exhibida en el Museo de La Plata una momia guanche, procedente del Museo Casilda. A pesar de las solicitudes de restitución de los restos humanos de sus antepasados por parte de distintas comunidades originarias de los territorios patagónicos argentinos, de Bolivia, etc., tramitadas en el Museo de La Plata desde 2006, llama la atención que, en este caso, no se haya retirado siquiera de la exhibición pública. Aunque no cuento con la constancia documental precisa sobre si la momia canaria fue ingresada en el Museo en la fecha de 1889, o bien fue donada en 1941 por los herederos de un ciudadano argentino, Sr. Rabaneque, que la habría conservado en su establecimiento comercial desde principios de siglo, el estado de conservación del cuerpo y el ataúd vegetal que todavía lo contiene sugieren que se trata de una de las momias llegadas a Buenos Aires en 1889 (Ortiz, 2016: 14-15).

Lo más significativo es que esta momia no haya formado parte del proceso de retirada de la exhibición pública y de restitución de restos humanos del Museo de La

⁸ Ver al respecto en este mismo libro el texto de María José Betancor Gómez.

Plata que comenzó tras la reinstauración de la democracia en Argentina y las sucesivas reclamaciones de restitución de los restos de sus ancestros por parte de diversas comunidades originarias. Este proceso comenzó en 1991 con el decreto que ordenaba el traslado de los restos mortales del cacique Inakayal, muerto en el Museo de La Plata, a Chubut, que tuvo efecto por una disposición legal posterior en 1994. A esta iniciativa sucedieron otras y finalmente en 2001 fue promulgada la Ley Nacional n° 25.517 que establecía la obligatoriedad de poner a disposición de los pueblos indígenas los «restos mortales aborígenes» que estuvieran formando parte de cualquier colección o museo. Hubo también disposiciones al respecto del ICOM en 2004 y de otros organismos científicos (Cosmai y otros, 2013). Estas leyes, junto al descubrimiento en 2006 de que las partes blandas de la cabeza del cacique Inakayal seguían en el Museo de La Plata, precipitaron las acciones de restitución por parte de varios colectivos a las que los administradores del Museo debieron responder drásticamente con la retirada de la exposición de los restos humanos. En este momento se establece una política del Museo⁹ para la cuestión de las reclamaciones de cuerpos, según la cual se prohíbe la exhibición pública de restos humanos «americanos» y en función de la que se van examinando las numerosas reclamaciones pendientes (Ametrano, 2015; Sardi y otros, 2015). En 2010 se publica el reglamento de la Ley 25.517 que encomienda que será el Instituto Nacional de Asuntos Indígenas el encargado de coordinar y articular el cumplimiento de las directivas legales dispuestas en 2001. En este contexto, la puesta en marcha de iniciativas como el «Taller de Discusión sobre Restitución de Restos Humanos de Interés Arqueológico y Bioantropológico» en 2011 ha situado al Museo de La Plata como uno de los centros de referencia en esta cuestión (Sardi y otros, 2015: 1-2)¹⁰.

La retirada de los restos humanos de origen americano de la exposición permanente del Museo en septiembre de 2006 conllevó un cambio total en la exhibición; en primer lugar por la desaparición forzada de la mayor parte de las colecciones de antropología física, y en segundo lugar por la necesidad de crear un nuevo discurso respecto a la propia exhibición antropológica, centrada desde la década de 1930 en la morfología comparada y en la anatomía (Sardi y otros, 2015: 4-5). La nueva exposición permanente de antropología biológica, inaugurada en 2009, lleva por título: «Ser y pertenecer: un recorrido por la evolución humana» y su objetivo es presentar la diversidad biológica entre las especies antecesoras de la humanidad y entre los seres humanos, abordando la evolución humana en sus aspectos tanto filogenéticos como ontogenéticos. En la última parte del recorrido se sitúan un «paquete funerario» egipcio y la momia guanche, junto con un audiovisual sobre la muerte como hecho biológico y social, y se justifica en un panel el estudio de los restos biológicos por su importancia para el conocimiento antropológico, haciendo alusión a la política del Museo respecto a su no exhibición y la atención a las demandas de su restitución (Sardi y otros, 2015: 5-6).

⁹ Expediente 1000-03330/05 del Consejo Académico de la Facultad de Ciencias Naturales y Museo de La Plata.

¹⁰ Para una información completa de todo este proceso ver (Vallejo, 2012: 157-161).

CONCLUSIÓN

La revista canaria *BienMeSabe*, dedicada al folklore y la cultura popular, se hizo eco de la inauguración el 23 de mayo de 2005 en el Museo de La Plata de una exposición «dedicada a los primitivos habitantes de las islas canarias», con materiales procedentes de la antigua colección Casilda y en la que la pieza fuerte era la momia de Tenerife. Al evento acudieron las autoridades, entre ellas, junto a la directora del Museo de La Plata, Silvia Ametrano, el «Presidente del Centro Islas Canarias La Plata, Amadeo Cejas Padrón» y se reseña que «el programa también contempló la proyección de un audiovisual sobre la vida y costumbres de los «guanches» y las actuaciones del coro y rondalla del Centro Islas Canarias La Plata, además de la intervención del conjunto de baile, coro y rondalla de la Asociación Canaria Zona Norte de Buenos Aires» (Gallerano, 2005).

En otras dos noticias de prensa posteriores, de un periódico español una y la otra de uno argentino, también se menciona la momia canaria; se manifiesta la extrañeza por su exhibición y se llama la atención sobre la ausencia de petición de restitución a su isla de origen. En el *ABC* en un artículo de 2006 ilustrado con una fotografía se dice:

La otra particularidad es que no se haya iniciado ninguna gestión formal en pos de recuperarla por parte de las administraciones canarias, contrariamente a lo ocurrido con las de Necochea [restituidas en 2003] y con la que atesora el Museo de Antropología de Madrid [trasladada al Museo Arqueológico Nacional de Madrid en diciembre de 2015], sobre la que el Cabildo de Tenerife tiene una reclamación en curso. Además, el centro de residentes y descendientes canarios de La Plata no está en absoluto de acuerdo con que vuelva a las Islas. «La momia aquí está bien. La hemos cuidado hasta ahora y sé que mis hijos y nietos seguirán cuidándola muchos años más», afirma categórico Eduardo Garachico¹¹, secretario del Centro Islas Canarias de La Plata, en la ciudad que fue, según dice, «la puerta de entrada de los canarios en Argentina desde finales del siglo diecinueve» (Sagastume, 2006).

En *El Día* de La Plata, un artículo de 2014 va acompañado por una fotografía en que varios jóvenes miran la vitrina que contiene la momia con el siguiente pie de texto:

luego de que en 2006 el Museo de La Plata resolviera retirar todos los restos humanos que estaban en exhibición, el único que quedó es una momia guanche de las islas Canarias, cuya presencia en la sala cuenta con el consentimiento de su comunidad. (Maldonado, 2014).

Indudablemente, la exhibición de la momia guanche conlleva problemas de consideración ética y política, y representa una evidente contradicción respecto al

¹¹ La coincidencia del apellido toponímico podría sugerir un parentesco con el Gabriel Garachico del Museo de la Plata.

carácter igualmente humano de este cadáver mantenido en exposición, en paralelo a la retirada de otros pertenecientes a etnias «americanas» (Sardi y otros, 2015: 5). Por otro lado, representa el conflicto sobre la legitimidad de las reclamaciones de cuerpos como ancestros o familiares históricos por parte solo de comunidades con anclaje territorial. Finalmente, nos muestra cómo el discurso de la «evolución»; del conocimiento de la variedad de los caminos evolutivos, junto a la unidad de un solo género humano, enmascara algunas actitudes de desigualdad y falta de humanidad más propias del siglo XIX que vio nacer los estudios antropológicos que de la sociedad postcolonial del siglo XXI.

En conclusión, las historias de dos museos en principio muy diferentes nos ilustran en paralelo acerca de varios aspectos y fenómenos que tiene importancia para el conocimiento histórico de los museos, la práctica científica y el coleccionismo de restos antropológicos en el último cuarto del siglo XIX y después.

Encontramos paralelos en lo que respecta a los problemas en torno a la etnogenia y el estudio de las razas humanas primitivas, y su importancia en la constitución de programas políticos fundamentales en la definición de la nación. Advertimos, asimismo, las posibilidades de circulación y establecimiento de redes en torno al interés por conseguir coleccionar y conservar objetos materiales y restos biológicos como base empírica para las teorías antropológicas y como medio de afirmar la identidad de los Estados modernos y desarrollados. Comprobamos las posibilidades de sujetos diversos de ser actores con distintos papeles y protagonistas de estos movimientos incluso desde áreas geográficas periféricas y países científicamente poco desarrollados. Observamos en fin la coincidencia de estas redes internacionales del conocimiento con otras redes de emigración mucho más particulares y basadas en elementos y contingencias de tipo económico. Finalmente, encontramos que tanto el Museo de La Plata como el Museo Canario, y otros museos radicados en las Islas Canarias, se encuentran inmersos en los actuales debates éticos y científicos en torno a la posibilidad y legitimidad de exhibición de cuerpos y restos humanos, y constituyen instituciones que pueden aportar actuaciones y reflexiones de sumo interés en la cuestión de la legitimidad y el derecho de reclamación de esos restos, como sus ancestros, por parte de las comunidades de descendientes actuales.

BIBLIOGRAFÍA

Fuentes primarias

- Archivo de El Museo Canario. Correspondencia de Gregorio Chil y Naranjo. AMC/GChN
 Carta de Francisco P. Moreno a Gregorio Chil y Naranjo (1887), La Plata, 15 de octubre de 1887. AMC/GChN-0565.
 Carta de Francisco P. Moreno a Gregorio Chil y Naranjo (1888), La Plata, 23 de junio de 1888. AMC/GChN-0598.
 Carta de Gabriel Garachico a Gregorio Chil y Naranjo (1899). La Plata, 8 de marzo de 1899. AMC/GChN-0890.

- LEHMANN-NITSCHKE, Robert (1899). Trois crânes, un trépané, un lésionné, un perforé, conservés au Musée de La Plata et au Musée National de Buenos Aires. *Revista del Museo de La Plata*, Tomo X, pp. 1-42.
- MORENO, Francisco Pascasio (1888). *Informe preliminar de los progresos del Museo de La Plata, durante el primer semestre de 1888*. Buenos Aires: Establecimiento Tipográfico El Censor.
- MORENO, Francisco Pascasio (1890a). *Le Musée de La Plata. Rapide coup d'oeil sur sa fondation et son développement*. Extrait de la «Revista del Museo de La Plata». Tome I.
- MORENO, Francisco Pascasio (1890b). Reseña general de las adquisiciones y trabajos hechos en 1889 en el Museo de la Plata. *Revista del Museo de La Plata*, Tomo I, pp. 58-70.
- MORENO, Francisco Pascasio (1896). *Memoria del Museo de La Plata. 1895-1896*. La Plata: Talleres de Publicaciones del Museo.

Fuentes secundarias

- ACHIM, Miruna y Podgorny, Irina (Eds.) (2014). *Museos al detalle. Colecciones, antigüedades e historia natural, 1790-1870*. Rosario: Prohistoria Ediciones.
- ALZOLA, José Miguel (1980). *Víctor Grau-Bassas, primer conservador de El Museo Canario*. Madrid: El Museo Canario.
- AMETRANO, Silvia J. (2015). Los procesos de restitución en el Museo de La Plata. *Revista Argentina de Antropología Biológica*, 17 (2), pp. 1-13.
- ANDERMANN, Jens, y FERNÁNDEZ BRAVO, Álvaro (2003). Objetos entre tiempos: Coleccionismo, soberanía y saberes del margen en el Museo de La Plata y el Museo Etnográfico. *Márgenes-Margens*, 4, pp. 28-37.
- CHIL y NARANJO, Gregorio (2006). *Los guanches. Estudios históricos, climatológicos y patológicos de las islas Canarias*. Santa Cruz de Tenerife: Artemisa.
- COLECTIVO GUIAS (2010). *Antropología del genocidio. Identificación y restitución: «colecciones» de restos humanos en el Museo de La Plata*. La Plata: De la Campana.
- COSMAI, Natalia Paola; Folguera, Guillermo y Outomuro, Delia (2013). Restitución, repatriación y normativa ética y legal en el manejo de restos humanos aborígenes en Argentina. *Acta Bioethica*, 19 (1), pp. 19-27.
- ESTÉVEZ GONZÁLEZ, Fernando (1987). *Indigenismo, raza y evolución. El pensamiento antropológico canario (1750-1900)*. Santa Cruz de Tenerife: Cabildo Insular y Museo Etnográfico.
- ESTÉVEZ GONZÁLEZ, Fernando (2001). Determinar la raza, imaginar la nación: el paradigma raciológico en la obra de Chil y Naranjo. *El Museo Canario*, 56, pp. 329-348.
- FARIÑA GONZÁLEZ, Manuel J. y Tejera Gaspar, Antonio (1998). *La memoria recuperada. La colección «Casilda» de Tacoronte en el Museo de Ciencias Naturales de La Plata (Argentina)*. Santa Cruz de Tenerife: Caja Regional de Ahorros de Canarias.
- FARRO, Máximo Ezequiel (2008). *Historia de las colecciones en el Museo de La Plata, 1884-1906: naturalistas, viajeros, coleccionistas y comerciantes de objetos de historia natural a fines del Siglo XIX*. Tesis doctoral. Universidad Nacional de La Plata. Sin publicar.
- FASANO, Héctor L. (2002). *Perito Francisco Pascasio Moreno un héroe civil*. La Plata: Fundación Museo de La Plata «Francisco Pascasio Moreno».
- GALLERANO, Blanca (2005). Celebración del Día de Canarias en el centro Islas Canarias de La Plata. *BienMeSabe*, 54, 23-5-2005.

- [HTTP://bienmesabe.org/noticia/2005/Mayo/celebracion-del-dia-de-canarias-en-el-centro-islas-canarias-de-la-plata](http://bienmesabe.org/noticia/2005/Mayo/celebracion-del-dia-de-canarias-en-el-centro-islas-canarias-de-la-plata) (visitada 22-08-2017)
- GARCÍA, Susana V.; López, Hugo L.; Etcheverry, Eduardo F. y Ponte, Justina (2015). El Taller de Taxidermia en la historia del Museo de La Plata. *Museo*, 27, pp. 33-40.
- HERNÁNDEZ GONZÁLEZ, Justo P. (2006). En torno a Gregorio Chil y Naranjo: su excomunión y su pertenencia a la masonería. *El Museo Canario*, LXI, pp. 99-126.
- HERRERA PIQUÉ, Alfredo (1990). *Tesoros del Museo Canario*. Madrid: Cabildo Insular de Gran Canaria- Editorial Rueda.
- KELLY, Tatiana y PODGORNÝ, Irina (dirs.) (2012). *Los secretos de Barba Azul: fantasías y realidades de los archivos del Museo de La Plata*. Rosario: Prohistoria Ediciones.
- KRISCAUTZKY, Xavier (2007). *Desmemoria de la esperanza*. Buenos Aires: Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología.
- MALDONADO, Nicolás (2014). Una dolorosa historia en busca de reparación. Restos humanos en el Museo, más de ocho mil piezas que no se pueden mostrar. *El Día de La Plata*, del 25 de agosto de 2014.
- NARANJO SANTANA, M. Carmen (2016). *Cultura, Ciencia y Sociabilidad en Las Palmas de Gran Canaria. El Gabinete Literario y El Museo Canario*. Madrid: Mercurio Editorial.
- NARANJO SANTANA, M. Carmen (2018). Gran Canaria-La Plata. Relaciones y pláticas en torno al Museo. En prensa.
- ORTIZ GARCÍA, Carmen (2014). Darwin en Canarias. Controversias antropológicas sobre el origen de los antiguos habitantes de las Islas Canarias en el final del Siglo XIX. En: Miguel A. Puig-Samper, Francisco Orrego, Rosaura Ruiz y J. Alfredo Uribe (Eds.), «*Yammerschuner*». *Darwin y la darwinización en Europa y América Latina*. Aranjuez: Doce Calles, UNAM, DIBAM, Universidad Michoacana y Universidad Austral, pp. 155-174.
- ORTIZ GARCÍA, Carmen (2016). «Antigüedades guanchescas». Comercio y coleccionismo de restos arqueológicos canarios. *Culture & History Digital Journal*, 5 (2), pp. 1-23.
- PEPE, Fernando; Añón, Miguel y Harrison, Patricio (2008). *Identificación y restitución*. La Plata: Ediciones Contrastando.
- PODGORNÝ, Irina (1997). De la santidad laica del científico: Florentino Ameghino y el espectáculo de la ciencia en la Argentina moderna. *Entrepassados*, 13, pp. 37-61.
- PODGORNÝ, Irina (2007). Embodied Institutions. La Plata Museum as Francisco P. Moreno's autobiography. En: M. Esther Álvarez Valente (ed.), *Museums of science and technology. Interpretations and activities to the public*. Rio de Janeiro: MAST, pp. 95-103.
- PODGORNÝ, Irina (2009). *El sendero del tiempo y de las causas accidentales. Los espacios de la prehistoria en la Argentina, 1850-1910*. Rosario: Prohistoria Ediciones.
- PODGORNÝ, Irina y Lopes, María Margaret (2008). *El desierto en una vitrina: Museos e historia natural en la Argentina, 1810-1890*. México D. F.: Limusa.
- PUIG-SAMPER, Miguel Ángel (1988). *Crónica de una expedición romántica al Nuevo Mundo*. Madrid: CSIC.
- QUIJADA, Mónica (2004). De la invisibilización al renacimiento: La cuestión indígena en la Argentina. Siglos XIX al XXI. *Anales del Museo Nacional de Antropología*, 10, pp. 117-152.
- QUIJADA, Mónica (2012). Los museos de frontera de la provincia de Buenos Aires: entre el gliptodonte y el indio poblador. *Revista de Indias*, 72 (254), pp. 131-176.
- SAGASTUME, Bernardo (2006). La momia que no quiere volver. *ABC*, 16 de julio de 2006.

- SARDI, Marina L.; RECA, María M. y PUCCIARELLI, Héctor M. (2015). Debates y decisiones políticas en torno de la exhibición de restos humanos en el Museo de La Plata. *Revista Argentina de Antropología Biológica*, 17 (2), pp. 1-8.
- VALLEJO, Gustavo (2007). *Escenarios de la cultura científica argentina. Ciudad y Universidad (1882-1955)*. Madrid: CSIC.
- VALLEJO, Gustavo (2012). Museo y derechos humanos. Un templo de la ciencia finisecular en La Plata y aspectos de su relación con los pueblos originarios. *Revista Derecho y Ciencias Sociales*, 7, pp. 146-164.